



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II 8 de setiembre de 1888 Núm. 45



SULTANA

CUENTOS DE MI ABUELO

El arenero

ERASE un chiquillo feo, patizambo, narigón, el tal Sebastianillo, que andaba por esas calles de Dios, ala que ala con su mercancía de arena á cuestas, gritando con desaforadas voces:

—¡Arena!... ¡El arenero!...

Y los transeúntes, cuyo tímpano desgarraba la acerada voz del muchacho, lanzaban contra éste un «¡Malos demonios te lleven!» y apretaban el paso por

no oír el pregón que vibraba desapacible en los aires con acentos interminables.

—¡Arena!... ¡El arenero!...

Y Sebastianillo aquel día miraba con desconsuelo á todos lados y revisaba puertas y balcones sin que nadie le llamase para cambiar su pesada carga por algunos céntimos ó bien por sombreros viejos, armaduras de paraguas, frascos, botellas y demás cachivaches.

—¡Maldita sia!—decía con voz sorda el granujilla.—Desde las seis de la mañana anda que anda y *entavía* sin despachar un grano... ¡Maldita sia!... El Rata torda ya ha



Un oso de buen carácter

vendío tres cargas... ¡Cuidiao que tienen sombra algunos!...

Y en los ojos del muchacho brillaba un no sé qué fugaz relámpago lleno de tristura, y mascullando la colilla de un cigarrillo pegaba una chupetada, luego otra, y densa nube de humo acre y mal oloroso esparcía una aureola en derredor de aquella cabeza de granuja, mal peinada, pringosa y deforme, que ostentaba á su conclusión un guñapo de seda que sin duda en tiempos mejores fué gorra de chulo rico.

—¡Arena!... ¡Quién quiere arena!... ¡¡El areneroooo!...

¡Que si quieres!... Nadie se asomaba á llamar á Sebastianillo; y éste, ala que ala, proseguía su camino con gran rapidez, mal humorado y renegando de su sombra.

—¡Si yo vendiera esta arena (que no la venderé), podía entrar en *ca* del tío Roque y echar una copilla que refrescara este ardor que siento en la garganta!...

Y el muchacho se pasaba de vez en cuando á ver á los señoritos que por las aceras caminaban rientes, gozosos, charlando animadamente con aquellas señoritas tan majas, tan adornadas de alhajas llenas de brillantes y perlas, que lo menos cada una de éstas valía el importe de veinte años de acarrear arena. Y él, en tanto, descalzo y andrajoso, iba desgarrándose los pies con el

empedrado del arroyo, sin otra compañía que las espuertas de arena y sin otra diversión que el desgañitarse á fuerza de tanto gritar:

—¡Arena!... ¡El arenerooo!...

Y menos mal si tan y mientras vendía las espuertas, que al fin y al cabo restábase la tarde para irse por ahí de bureo á jugar al *chito* ó á la *tava* con



Un oso de buen carácter

sus cofrades el *Pira*, el *Centinela*, el *Escucha* y otros egregios personajes de la truhanería.

Pero estábale por aquel día vedada tal diversión, porque, ¡para bromas estaba el muchacho!... ¿Cómo se iba él á presentar ante sus compañeros con la mercancía intacta?... Su dignidad no le permitía hacer lo que tantos otros que eran unos sinvergonzones de primera... Vaya, se iría á la puerta del cuartel de la Montaña, y allí, mecido en los sueños del hambre y el cansancio, vendría á reponer uno y otro después que la anhelada corneta diese la señal de ir á comer el rancho.

Y con tal determinación, Sebastianillo, la gorra hasta las cejas, el cigarro apagado, los pies asaz deteriorados, el semblante huraño y la frente arrugada por el hastío, emprendió la caminata hacia la Montaña del Príncipe-Pío.

Aquel día, ó el ranchero se había vuelto loco ó los soldados comieron como Heliogábalos; porque, contra toda costumbre, pasó una hora, y luego otra, desde que se sirvió el rancho á la tropa, y la marmita con las sobras no aparecía, dejando chasqueados, cariacontecidos y más hambrientos de lo que estaban á

Sebastianillo y una veintena de pobres que recostados en la pared aguardaban el maná, compuesto de aluvas y patatas.

—¡Cuando el día está de pulgas no vale mudarse!—exclamo el arenero filosóficamente. Y levantándose del santo suelo, echó á andar de nuevo, calle de Ferraz arriba, gritando:

—¡Arena!... ¡El arenerooo!...

El granuja dió vista á un edificio inmenso, sombrío, de moderna construcción, lleno todo él de ventanitas uniformadas con gran simetría, guarnecidas de gruesos barrotes de hierro, que semejaban aquéllas, en el lienzo de ladrillo de la pared, á aberturas de tétricos nichos en cuya cavidad yacía el *cadáver legal* de un hombre vivo.

Algo se le oprimió el pecho á Sebastianillo á la vista de aquel triste y silencioso lugar que lleva el nombre de *Cárcel Modelo* y en cuya puerta principal se lee esta máxima, impregnada de amarga filosofía:

Odia el delito y compadece al delincuente.

Esta máxima entristeció al granujilla, que experimentó un frío, para él desconocido, que le hizo poner las carnes de gallina.

Y como sintiendo algo de horror, el arenero abandonó aquellos lugares y tornó á andar lo andado.

Iba triste y hambriento, cuando escuchó á su espalda el roce de un vestido de seda.

Volvió la cabeza, y vió á una señora vestida de luto que se llevaba á los ojos, preñados de lágrimas, un riquísimo pañuelo de batista.

Sebastianillo se quedó mirando á la dama y la dejó pasar adelante.

Después, para entretener el fastidio, se puso á canturrear una copla, siguiendo en tanto la misma dirección que llevaba la señora aquélla que tan afligida iba.

**

La dama de lo negro dejó caer inadvertidamente un bolsillo de piel de Rusia.

Sebastianillo se apresuró á cogerle, y, abriéndole con ansia manifiesta, halló en su fondo un fajito de billetes de á cien pesetas, junto con algunas piezas de oro y un papel escrito.

Extrajo este último, y á duras penas pudo leer Sebastianillo lo siguiente: «Madre mía: No me maldigas. Arrastrado por la maldita pasión del juego, me veo aquí confundido con los criminales. ¿Lo soy yo acaso?... Sí: no me cabe duda. Por proporcionarme el dinero que tú me negabas, me hice falsificador. Perdóname, madre. Ven á verme. Te lo pido por mi padre, que su gloria halle. ¿Vendrás?»

Lo demás del escrito estaba borrado y humedecido por lágrimas.

El arenero volvió á meter la carta en su sitio y quedóse contemplando los billetes y el dinero que llenaba el bolsillo. ¡Lo que éste tenía era una riqueza!

Sebastianillo miraba atónito el bolsillo, y sus ojos fulguraban destellos de ardiente avaricia.

Y como si dudase aún de lo que sus manos aprisionaban, palpaba con sin igual delicia aquel bolsillo que le pertenecía por derecho de conquista, y dábale vueltas y más vueltas, y mil encontrados pensamientos invadían el cere-

bro del granuja, que, emocionado, no hacía más que repetir con voz balbuciente:

—¡Es mío!... ¡Es mío!... Esa señorona no me ha visto cogerle.

Y cuando más entusiasmado se hallaba el granujilla con su hallazgo, se dibujaron ante su vista aquellas letras que viese en la cárcel y que bailaban ante él trazándole la máxima:



Lo que había en el granero

Odia el delito y compadece al delincuente.

—No, no es mío,—balbuceó Sebastianillo;—y si me quedo con este bolsillo sabiendo quién es su dueño, seré un ladrón.

Y siguiendo los impulsos de su alma, el arenero apretó el paso y echó á correr tras aquella señora del vestido negro que todavía no notaba la pérdida de su bolsillo.

Sebastianillo, jadeante y sudoroso, llegó á alcanzar á la dama.

—Señora, tome V. este bolsillo que se le ha caído ahí abajo. Mire, á ver si le falta algo.

Y el arenero depositó en las blancas y diminutas manos de la señora aquel bolsillito tan bien repleto de oro y billetes.

La dama, sorprendida, se quedó mirando fijamente á aquel chicuelo tan feo y destartelado, pero de corazón tan noble, y preguntóle con voz de un timbre tan dulce que resonó en los oídos del arenero como música celestial:

—¿Cómo te llamas?

—Sebastián.

—¿Tienes padres?

—No.

Y el muchacho miró al cielo con triste expresión.

—¿Quieres venirte conmigo y ocupar las veces de aquel otro hijo del alma que perdí para siempre?

Y la dama dijo esto profundamente afectada, dirigiendo su vista hacia la cárcel que en lontananza se divisaba.

Sebastián quedóse mirando, entre asombrado y confuso, á su interlocutora, y murmuró espontáneamente:

—¡Lo que V. quiera, señora!

*
* *

Mi abuelo terminó aquí su cuento, diciéndome á renglón seguido:

—Hijo mío: la historia del arenero es verídica, y ella prueba hasta la evidencia que el que *odia el delito y compadece al delincuente*, tarde ó temprano halla su justa recompensa en el mundo.

ALEJANDRO LARRUBIERA CRESPO

Madrid, 1888.



EL MONASTERIO DE LA RÁBIDA

ESTÁ situado el famoso monasterio cerca de Huelva y á tres millas del puerto de Palos, en la cumbre de un monte cuya soledad se ve frecuentemente interrumpida por la visita de algún viajero. El nombre de la Rábida es de origen morisco, y fué, durante la dominación árabe, límite fronterizo.

San Francisco de Asís fué el fundador de la casa, y, como todas las que fundó el adorable santo, alcanzó pronto gran prosperidad. En el segundo ter-

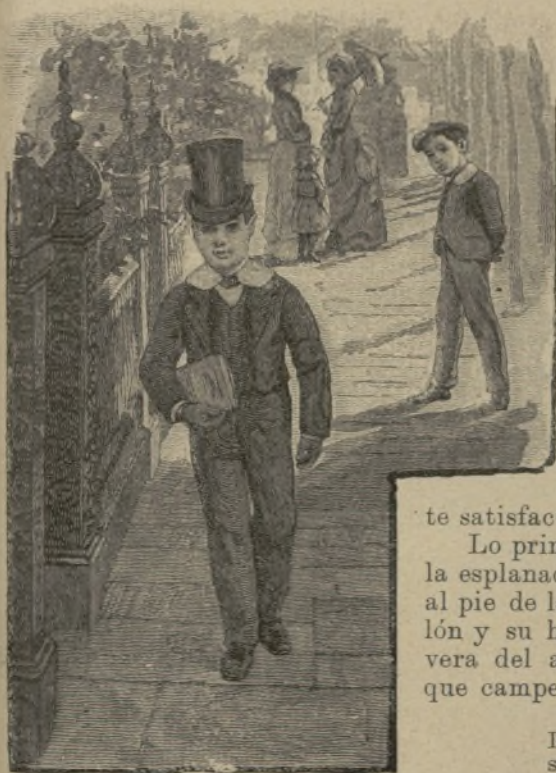
cio del siglo xv fué nombrado guardián del monasterio el confesor de Isabel la Católica, Fray Juan Pérez de Marchena, el generoso y desinteresado protector de Colón, el único al cual debió el gran nauta genovés apoyo en sus colosales planes, y medios de facilidad para realizarlos.

El monasterio es propiedad hoy del duque de Montpensier, que, al igual que la casa en que murió Hernán Cortés, la compró con el solo fin de librarle de inevitables profanaciones. A esta circunstancia se debe el que se conserve en estado relativamen-

te satisfactorio.

Lo primero que se descubre, al llegar á la esplanada, es la histórica cruz de piedra al pie de la cual aparecieron sentados Colón y su hijo Diego, una tarde de primavera del año 1486, contemplando el lema que campeaba en el frontis del edificio.

Id, pobres, á San Francisco,
sin recelo, á pedir pan.



El enemigo de Pepito

La entrada del convento es una especie de bóveda que da á un patio rodeado de toscos arcos que corresponden á una galería baja llena de solitarias celdas. Encima de ésta desarróllase otra igual, desde cuyas ventanas se descubren la sierra de Arocha y las aguas de la bahía, cuyo silencio es turbado solamente por las gaviotas que anidan en las islas bajas del río Tinto.

En conjunto en el edificio se observa el orden toscano á causa de las frecuentes reparaciones de que ha sido objeto, pero en la iglesia predomina el ojival.

Todo un ángulo ocupa el salón cuadrado y severo que servía de celda á Marchena. ¡Cuánto se ha meditado en ella! ¡Qué cúmulo de grandes y generosas ideas han palpitado dentro sus vetustos muros! Es imposible penetrar en

esta pieza sin que el ánimo se adolore, recordando, no la fantástica leyenda, sino la real, la triste vida del descubridor del Nuevo Mundo.

A pesar de las varias restauraciones que ha sufrido, el salón conserva su primitivo carácter. Le decoran un retrato de Cristóbal Colón y cuatro grandes lienzos que le representan: llamando en 1486 á las puertas de la Rábida, explicando sus proyectos al padre guardián, la publicación en Palos de la carta real ordenando el apresto de dos carabelas en el término de diez días, y el embarque en 3 de agosto de 1492.



El pelicano avaricioso

En el centro del salón, sobre una gran mesa, hay un registro donde inscriben sus nombres los viajeros, y algunos álbums donde los más inspirados dejan sus *pensamientos é impresiones*. ¡Los álbums! No lo dudéis: son la desdicha póstuma de los monumentos célebres, la ruina de su ruina, la más espantosa calamidad que les podía acompañar.

Por fortuna las sombras de Colón y de Marchena, que habitan aquellas áugustas soledades, no deben entretenerse leyendo álbums, contentándose con recibir el homenaje de la gloria, que les otorga la posteridad.

Ya que el nombre de la Rábida ha hecho imprescindible recordar el de Colón, creo que no deja de ser oportuno consignar los nombres de cuantos le acompañaron en su viaje, lo mismo de los jefes que de los marineros, ya que á todos por igual corresponde el éxito de la expedición.

NAO «SANTA MARÍA»

Cristobal Colón, almirante.
Juan de la Casa, de Santoña, maestro.
Sancho Ruiz, piloto.
Maestro Diego, contra maestro.
Rodrigo Sánchez, de Segovia, veedor.
Pedro Rodríguez, repostero de estrados del rey.
Rodrigo de Escobedo, de Segovia, escribano.
Diego de Arana, de Córdoba, alguacil.
Rodrigo de Triana, marinero.
Rodrigo de Jerez, de Ayamonte.
Luis de Torres.
Ruiz Fernández, de Huelva.

CARABELA «PINTA»

Martín Alonso Pinzón, de Palos, capitán.
Francisco Martín Pinzón, de Palos.
Gómez Rascón.
Cristobal Quintero.
Cristobal García Xalmiento, piloto.
García Hernández, de Palos, despensero.
Pedro de Ledesma, de Sevilla, piloto.
Diego Bermúdez, de Palos.
Francisco García Gallego, de Moguer.
Juan Rodríguez Bermejo, de Lepe.
Francisco García Vallejo, de Moguer.
Bartolomé Colín, de Palos.

CARABELA «NIÑA»

Vicente Yáñez Pinzón, de Palos, capitán.
Pedro Alonso Niño, de Moguer, piloto.
Bartolomé Roldán, piloto.
Pedro de Villa, del Puerto de Santa María, marinero.

TRINIDAD DE LA ROSA



HERERO
MUNICIPAL
MADRID



-NUESTROS GRABADOS-

SULTANA

Tal era el nombre de una magnífica perra de caza. El animal no estaba orgulloso de su destreza y habilidad, pero sí de los nueve cachorros que había dado á luz y á los cuales criaba con la mayor solicitud.

Ahora bien: los perritos no abren los ojos hasta nueve días después de nacer, y por otra parte el amo de *Sultana* no quería guardar toda la cría, por lo cual resolvió arrojar algunos en el arroyo para que se ahogaran.

Cierto día, cuando los cachorros estaban durmiendo y la madre había salido, sucedió algo terrible.

Los cachorros fueron conducidos al arroyo y arrojados allí al agua para que se ahogaran.

Antes de acabarse el día, la perra fué en busca del amo, y á su manera hízole comprender que deseaba la siguiese. Accedió el hombre, y el fiel animal le condujo hasta la orilla del arroyo, donde, en un espacio cubierto de musgo, vió á los cachorros durmiendo tranquilamente, unos sobre otros, como si no hubieran visto el agua.

La perra había salvado á todos sus hijuelos menos uno.

¿No era *Sultana* una buena madre?

Así lo pensó el amo, y para recompensar su abnegación permitióle conservar sus cachorros.

¿Cómo pudo saber la perra que habían arrojado sus hijuelos al agua, y cómo los encontró? ¡Ah! Esto no lo sabe nadie más que *Sultana*, y seguramente no se lo dirá á nadie.

UN OSO DE BUEN CARÁCTER

Leopoldito, sus padres y su hermanita vivían en las montañas de Asturias, en un punto donde había pocas casas y un reducido número de habitantes.

Cerca de su vivienda extendíase un inmenso bosque, y Leopoldo tenía vivos deseos de recorrerlo, á pesar de que su mamá le negó siempre el permiso para ir solo. Cierta mañana, sin embargo, como hallase una ocasión propicia para escapar sin ser visto, cogió de la mano á su hermanita Elisa y ambos corrieron á internarse en el bosque.

Leopoldo deseaba mucho tener un caballo de madera. Sabía que esta última se coge en el bosque, y, razonando como un chiquillo, pensó que, siendo así, le sería fácil encontrar allí también el objeto anhelado, ya construido y corriente para utilizarlo. Su papá le había prometido comprarle un caballito cuando fuese á la ciudad, pero el muchacho no tenía paciencia para esperar.

Una vez en el bosque, y cogidos de la mano, los dos niños comenzaron á recorrer los diferentes senderos flanqueados de espesura, y encontraron tan preciosas flores y tantas moras dulces como el azúcar, que muy pronto Leopoldito olvidó el caballo.

De repente el muchacho, fijando la vista en un punto, exclamó:

—¡Ven pronto, Elisa! Ya tenemos aquí el caballo, y te aseguro que es uno vivo. Ya viene: acércate, y le sujetarás mientras yo monto.

El supuesto caballo de madera no era otra cosa sino un pequeño oso domesticado, que había huido de su casa, lo mismo que los niños, y se aprovechaba de su libertad para recorrer el bosque.

Elisa trató de sujetarle por las orejas para que Leopoldo pudiese montar; pero el pelaje del animal era tan liso que se escapaba entre los pequeños dedos de la niña. El osezno, olfateando algunas moras que Elisa llevaba en la mano, comenzó á lamerlas; y el niño, aprovechando el instante en que el animal permanecía inmóvil, pudo trepar hasta su lomo y colocarse cómodamente.

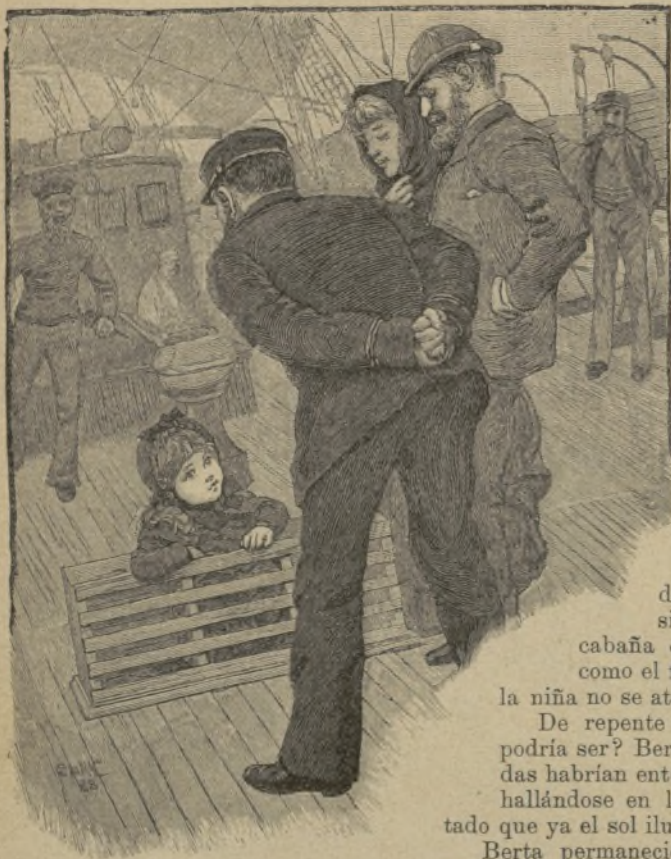
Ya se regocijaba el muchacho con la perspectiva de un largo paseo por el bosque, montado á caballo, cuando de pronto sobresaltáronse los dos niños al oír un agudo grito, y vieron á su mamá que corría hacia ellos poseída de espanto al ver á su hijo montado en un



La niña precoz

oso. El animal, asustado también, huyó al punto, emprendiendo un trote tan rápido que Polito perdió muy pronto el equilibrio y cayó en tierra.

La mamá se alegró tanto de ver á sus hijos sanos y salvos, que no castigó al chico por su desobediencia; pero en cambio éste tuvo durante algunos días un chichón en la cabeza á consecuencia del golpe que recibió al caer de su montura.



La trampa de Julia

—Queridas hadas: ¿me queréis dar alguna cosa viva para jugar?

En aquel momento penetró un rayo de sol en la cabaña disipando la oscuridad, y en medio de aquélla Berta vió un corderito muy blanco.

Tal fué la alegría de la niña, que estuvo un momento sin poder hablar ni moverse, hasta que al fin profirió una exclamación de gozo.

En aquel instante llegaron su papá y su mamá.

—¡Es mío!—dijo Berta.—Las hadas han accedido á mi demanda.

—Sí, será tuyo,—contestó papá,—para que puedas conservarlo y recordar que lo has obtenido porque eres buena. Las niñas malas no reciben nunca regalos.

LO QUE HABÍA EN EL GRANERO

La graciosa Berta, niña de pocos años, soñó una noche que había visto unas hadas que la obsequiaron. Sus padres solían contarle que algunas veces se las veía bailar á la luz de la luna y que eran muy generosas con las niñas buenas, hallándose siempre dispuestas á concederles cuanto se les pide.

A la mañana siguiente Berta se levantó muy temprano, y, como le hubiesen dicho que las hadas se ocultaban en las flores, comenzó á correr por el bosque registrándolas todas. Así llegó á un sitio donde había una pequeña

cabaña con la puerta abierta; pero como el fondo estaba un poco oscuro,

la niña no se atrevió á entrar.

De repente oyó un ligero ruido. ¿Qué podría ser? Berta pensó que tal vez las hadas habrían entrado allí para bailar, y que, hallándose en la oscuridad, no habrían notado que ya el sol iluminaba la tierra.

Berta permaneció indecisa un instante, sin saber qué partido tomar ni qué pediría, en el caso de atreverse á ello, á sus misteriosas protectoras; pero al fin se decidió, y acercándose á la puerta dijo con tímido acento:

EL ENEMIGO DE PEPITO

Juan Antonio es un chico muy guapo y de esmerada educación. Se distingue por su amabilidad, y muéstrase cortés con todo el mundo. Nadie se explica por qué Pepito, otro

chico de su edad, le aborrece tanto y se burla tanto de él cuando le ve. Cierto que Juan está demasiado gordo, y que con su chaqueta corta y sombrero de copa alta parece un poco raro; pero esto no es una razón para odiarle. En cambio canta muy bien, baila perfectamente y sabe tocar el violín.

¿Cuál puede ser, pues, la causa del aborrecimiento que Pepito le profesa? ¡Oh negra sospecha! ¿Será porque éste se ve precisado á reconocer á cada momento que Juan le aventaja por mucho en instrucción y saber?

En este caso, si durante su vida ha de mirar siempre con malos ojos y considerar como enemigos á los que sepan más que él, el pobre Pepito está destinado á tener muchos adversarios.

EL PELÍCANO AVARICIOSO

En el reino de las aves hay una bastante corpulenta, conocida con el nombre de *pelicano*, y que se caracteriza principalmente por tener debajo del pico una especie de bolsa que el vulgo compara con una cesta. El pelicano es muy torpe en sus movimientos, su pico iguala casi en longitud á su cuerpo, y tiene las piernas muy cortas. Cuando anda se balancea de un lado á otro, como lo hacen algunos marineros, que en tierra son tan torpes como un pato.

La bolsa del pelicano es lo más curioso de esta extraña ave. Aunque apenas se ve sino cuando el animal se sirve de ella, tiene gran cabida, y el pelicano la usa á guisa de cesta para llevar á su hembra el alimento, consistente en peces, los cuales coge introduciendo en el agua la cabeza con el pico abierto.

Bien puede agradecer á la Naturaleza que se le haya dotado de un órgano tan á propósito para pescar, pues el pelicano devora en una comida más peces de los que satisfarían á seis personas.

Cierta familia conservaba en una jaula de grandes dimensiones una de esas aves con otras de diversas especies, y era curioso observar su extraordinaria avaricia. Cuando se echaba el grano á sus compañeras, colocábase encima y no permitía á ninguna acercarse. Si algún pato ó paloma intentaban aproximarse, el pelicano abría su enorme pico y producía una especie de silbido, tomando un aspecto terrible. Si hubiera podido hablar, seguramente habría dicho:—Ya que yo no puedo comer grano, tampoco lo comeréis vosotras.

Y sólo cuando se daba al pelicano sus peces, podían las otras aves comer á su vez.

LA NIÑA PRECOZ

La graciosa Enriqueta quiere imitar á su mamá siempre que se le presenta ocasión para ello; y tal es su afición á echarla de mujer, que hasta las muñecas olvida. Cuando la criatura está en la cuna, siéntase á su lado para vigilarla, y si no duerme la mete hasta que concilia el sueño. La madre cariñosa no sería más solícita, ni tal vez se afanaría tanto para cuidar al tierno infante.

LA TRAMPA DE JULIA

Un día del mes de agosto cruzaba Julia el Atlántico, desde San Sebastián á San Juan de Pie de Puerto, con su papá y su mamá, y estaba corriendo por la cubierta cuando de pronto tropezó con la caja de las linternas y cayó adentro. Viendo que no podía salir de allí, la niña se sentó tranquilamente; pero estaba tan oprimida que su papá no pudo sacarla tampoco.

Un momento después llegó el capitán, y, habiendo mandado al carpintero que separase una de las barras de madera, se pudo sacar á Julia de su prisión.

La niña dijo que hubiera querido ser gaviota para salir de allí sin que la viese nadie, y el capitán dió desde aquel día á la caja de las linternas el nombre de *la trampa de Julia*.

EL PÁJARO MOSCA

Cierto día papá advirtió á sus hijos, Enrique é Irene, que á la mañana siguiente los llevaría al bosque para que cogieran flores y vieses una cosa muy bonita. Los niños no pudieron apenas dormir en toda la noche pensando qué sería lo que iba á enseñarles, de modo que al amanecer se levantaban ya.

Media hora después salían de casa, y su papá les recomendó que al llegar al bosque no hicieran ruido, pues de lo contrario no verían nada.

—¿Qué cosa es esa, papá?—preguntó Enrique.

—Yo quiero saberlo,—añadió Irene.

—Muy pronto lo veréis si andáis silenciosamente,—replicó papá.

Un momento después silbó ligeramente, y casi en el mismo instante vióse salir de entre la espesura de un árbol una diminuta avecilla de preciosos colores y de la especie que los naturalistas designan con el nombre de *pájaro mosca*.

Al principio parecía tener miedo y hubiérase dicho que sus alas temblaban. De pronto reflejóse en el ave un rayo de sol y realzó los brillantes matices de su plumaje.

Los niños no habían visto nunca un pájaro tan precioso. El ave volvió muy pronto á su nido y viósele acariciar á sus hijuelos, cuyas nacientes plumas parecían una mezcla de colores rojo, verde y amarillo de oro.

La hembra, dejando á sus pequeños bajo la protección del macho, volvió á dejarse ver por completo con toda confianza y como segura de que no se le haría daño, cogió algunas golosinas que se le habían puesto á su alcance, y regresó á su nido para dar de comer á su prole; operación que repitió varias veces.

Los niños quedaron muy contentos: no sabían lo que era antes el pájaro mosca, y habían observado uno de cerca durante largo rato.

EL CENTÉN DE TERESITA

(Continuación)

Ya conoces su talento para trasformar en excelente sirvienta á cualquier joven un poco vivaracha y dócil. Hé ahí, pues, el ama que creo convendría á Juanita.

—Pero, mamá: ¿cómo puedes figurarte que Juanita, tan linda y tan *señorita*, pueda pasarse todo el santo día fregando los suelos, limpiando los cristales y barriendo el suelo, siempre polvoroso, de un caserío? Ya me parece estarle oyendo á D.^a Trinidad, que es tan brusca, reñirla y asustarla con su vozerón de chantre. A la verdad, me había imaginado otra cosa para ella. A mí me parecía que lo que á Juanita le convenía era un vestido muy bonito, con un delantalito blanco como el ampo de la nieve, y un pañolito bien coquetón, y que tuviese á su cargo el arreglo de nuestra sala de estudio. Pero ¡qué desengaño me has dado! Mamá, permíteme que te lo diga, pero no me gusta en manera alguna tu plan.

Dicho lo cual, por poco no se echa á llorar doña Teresita: tanta era la pesadumbre que embargaba su ánimo. La mamá, compadecida, hizo por calmarla, diciéndole que por de pronto no se hablase más del asunto; que lo consultaría con la almohada y que á la mañana siguiente le daría la respuesta definitiva.

D.^a Victoriana reflexionó, en efecto; pero al fin y á la postre se encontró con que le era difícilísimo resolver nada, pues si por una parte nada tenía que retirar á lo dicho antes, por otra no se le ocultaba que ningún motivo tenía para suponer mal de las Rodríguez. Pero ¿y aquel obstinado silencio de la madre en lo referente á su pasado? ¿Era juicioso ni conveniente tomar á su servicio á una desconocida? ¿Podía arriesgarse á ello sin temor de que algún día experimentasen las consecuencias ella misma, la propia Teresita ó los demás criados?

Con todo, acabó por vencer la opinión optimista: D.^a Victoriana sentía infinitamente darle un disgusto á su niña, y así acabó por acceder á que viniese Juanita y que ella misma fuese á pedírselo á su madre.

No dudaba D.^a Victoria que la Rodríguez, ante aquella proposición, manifestaría tener algún fiador, y, caso de serle esto imposible, se negaría á que Juanita aceptase la colocación que le ofrecían.

El consentimiento de su madre hizo llegar al colmo la alegría de Teresa; y, sin tener en cuenta las condiciones de este consentimiento, corrió lo más aprisa que pudo á casa de la viuda.

Durante el camino exaltábase la imaginación de Teresita al pensar en la sorpresa y ventura que iba á causarles la dicha nueva á sus protegidas, por lo cual puede calcularse si la mortificó grandemente el ver recibida con la mayor frialdad su proposición. En

lugar de las efusiones que esperaba, retratóse una viva impresión de dolor en el semblante de la Sra. Rodríguez:

sus mejillas, de ordinario tan pálidas, se colorearon, y después de un corto silencio rogó á Teresita, con trémula voz, que se sirviera dar de su parte las más expresivas gracias á doña Victoriana por sus bondades, sintiendo mucho que el proyectado servicio no



El pájaro mosca

hubiese podido realizarse. Aquella mañana misma, según decía, habíase comprometido con D.^a Trinidad Fonseca para que entrara Juanita á su servicio.

—Entonces,—dijo Teresita,—creo que todo puede aún arreglarse, puesto que no me cabe duda que, así que D.^a Trinidad se entere de la oferta de mamá, dará por nulo el trato, pues no creo tenga tan mal corazón que quiera hacerle perder á Juanita una proporción tan ventajosa como la de entrar á nuestro servicio.

—En efecto, señorita,—respondió la Sra. Rodríguez;—parece D.^a Trinidad una excelente señora; pero le he dado mi palabra y no creo tener derecho para desdecirme.

—Bueno, bueno,—exclamó Teresita;—déjeme V. arreglar todo eso con ella. Me llevo hasta su quinta y le hablaré. Y á V., Paquita,—continuó diciendo, volviéndose hacia la joven impedida, que hacía calceta sin parar, escuchando la conversación,—¿qué le parece? ¿No le gustaría á V. más ver á Juanita en mi casa que no en la de D.^a Trinidad?

(Se continuará)

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Tercio de sílabas

Tarugo, Ruperto, Gotoso

Criptografía

Los mares polares están cubiertos
de hielos eternos

Logogrifo

Paula

Rompecabezas

Rafaela, Columba, Cesárea,
Eduarda, Rogelia, Ignacia, Ruperta

Charadas

Batahola, Manolito

Fuga de consonantes

Crispín Pinín:
si mi chivín
vi dividir,
ni mi librin
ni mi titi
dividir vi;
mi chivín sí.

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES



El pájaro mosca

ROMPECABEZAS

A
M
A
L
I
A

Sustitúyanse los puntos
con letras de modo que, ho-
rizontalmente, resulte en
cada línea un nombre de
mujer.

M.^a DE LOS ÁNGELES NÁGERA

CRIPTOGRAFÍA

A E E E I O U B C G M N R S Q

¿Quién diría, lector amigo
y curioso, que con las
anteriores letras vas
á poder formar
un refrán de
tres palabras?
¡Vaya si lo
podrás
formar!

ALBERTO ACHARD Y FORÉS

FUGA DE
CONSONANTES

a.u.e.o a .a .i..u.a
a.u.e.o a .u.e.o
o .e .e .o .e .a.e
a..o .a.u.e.o.

MARÍA GUILLÉN

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1 2 3 4 5 6 7 = Nombre de mujer.
1 2 3 4 5 6 = Id. de varón.
1 2 3 4 5 = Id. de mujer.
1 2 5 6 = Id. de varón.
5 6 7 = Id. de mujer.
3 7 = Nota musical.
3 = Consonante.

LUIS M. MARTÍNEZ

PARONOMASIA

Cuatro letras tengo sólo,
y cambiando una vocal
soy animal, soy un tiempo
de verbo, soy sin dudar
nombre de mujer, también
adjetivo, y además
camino. Con estas señas
¿quién no me adivinará?

CAPS

CHARADAS

Mi primera es una letra,
mi dos nota musical,
mi tres es un nombre propio,
y el todo yerba usual.

ARTURO SUÁREZ BARAHONA

Mi primera consonante,
la tercera musical,
prima segunda es mujer,
y el todo en piano está.

LOLITA GUILLÉN

Mira á tres cuatro, mi amigo:
fuése á la prima dos tres,
y hecha una todo la ves
desde que de allí se vino.

JOSÉ M.^a IBÁÑEZ

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.